

—Mi ministerio me manda no pensar nunca en las distancias ni en las penalidades, cuando se trata de llevar el consuelo á un moribundo.

—Dios bendiga á su merced..... Por aquí.

El embozado echó á andar, y el fraile á seguirle: de prisa iban los dos, y no se hablaban una sola palabra; parecían dos sombras que se deslizaban sin hacer ruido.

Llegaron á las orillas de la ciudad, y allí encontraron á otro hombre que los esperaba.

—Aquí está el padre—dijo el primer embozado.

—Buenas noches, padre—dijo entonces el hombre que esperaba—¿vuesa merced viene á confesar al enfermo?

—Sí, hijo—contestó Fray Anjelo.

—Entonces nos permitirá su merced que le vendemos los ojos.

—¿Vendarme los ojos? y para qué?

—Es preciso.

—Pero.....

—No tenga recelo vuesa merced que nada malo le pasará; nosotros sabemos el respeto que se merece.... ahora si vuesa merced no quiere, no habrá nada, y el enfermo tendrá que conformarse con un acto de contrición.

La idea de que un hombre podia morir sin confesion, de que una alma podia perderse solo por su falta de valor, hizo estremecer á Fray Anjelo y le obligó á dicitirse.

—Bien!—esclamó—por mí no se queda un hombre sin confesion: haced lo que os parezca; vendadme los ojos, me confío en vosotros; si algun mal me hiciéreis que Dios os lo perdone, porque yo soy un pobre sacerdote que me entrego á vosotros.

—Padre—contestó el embozado—no tendrá vuesa mer-

## VII.

De cómo Fray Anjelo tuvo ocasion de prestar un servicio muy distinguido al Señorito.

**L** marqués de San Vicente continuaba enfermo, y Fray Anjelo no se separaba de él en casi todo el día; por las noches á las once y media ó las doce salia del calabozo y se retiraba á descansar para volver muy temprano á la mañana siguiente.

Una noche de aquellas, Fray Anjelo caminaba contento, porque habia creido notar que el enfermo se mejoraba visiblemente, cuando oyó que le llamaban por detrás, volvió el rostro y se encontró con un hombre embozado hasta los ojos.

—Padre—le dijo el embozado—¿quisiera ir vuesa merced á confesar á un hombre que está espirando?

—Iremos—contestó Fray Anjelo— ¿á dónde?

—Yo guiaré á vuesa merced: ¿no se incomodará porque está léjos de aquí la casa?

ced de qué arrepentirse; mi compañero y yo sabemos lo que es relijion.

Y diciendo esto los dos se acercaron á Fray Angelo y le ataron un gran pañuelo en los ojos, luego lo colocaron entre los dos y cada uno le tomó un brazo.

—Ahora vamos, padrecito: nosotros cuidaremos á vuesa merced é irá mas seguro que si mirase, porque la noche está oscura y vuesa merced no conoce el terreno.

Fray Angelo obedeció y comenzó á caminar.

Al principio quiso contar los pasos con el objeto de tener alguna idea siquiera, de la distancia á que se alejaba de la ciudad; pero le fué imposible.

Seguramente no habia contado cien pasos cuando uno de los hombres le dijo:

—Padre, levante vuesa merced los piés, porque hay aquí mucha agua y vamos á llevarle en peso para que no se moje.

Fray Anjelo quiso replicar, perdió la cuenta de los pasos y aquellos hombres como si hubieran sido dos hércules lo levantaron por debajo de los brazos y lo llevaron así largo tiempo.

En efecto, debia haber allí un gran charco, porque el fraile oyó en el agua el ruido de los piés de sus conductores.

—Ahora sí ya puede andar vuesa merced—le dijeron, y Fran Anjelo volvió á caminar por su pié.

A poco volvió á ofrecerse otro mal paso y volvió á suceder lo mismo.

De repente se detuvieron, y Fray Anjelo por las precauciones que tomaban conoció que entraban á una casa.

Resonaban ya los pasos como dentro de un edificio.

Y comenzaron á subir. Llegaron al último escalon.

—Ya se acabó la escalera—le advirtieron y siguió caminando, pero fué ya solo unos cuantos pasos.

—Ahora se puede descubrir su merced—dijo uno de los hombres.

Fray Anjelo se descubrió y quedó espantado de lo que veia.

Era una estensa galera alumbrada por una hoguera; en uno de los muros habia apoyada una gran viga, en la que estaba atado de piés y manos un hombre desnudo que tenia puesta una mordaza.

Fray Anjelo buscó admirado á sus conductores; los dos estaban á su lado con los rostros cubiertos con negras caretas, al través de las cuales brillaban sus ojos como dos tizones.

—Pero ¿á dónde está el enfermo?—preguntó Fray Anjelo.

—Allí—le contestó uno, mostrándole al que estaba atado.

—Ese hombre no tiene señal de enfermedad, sino por el contrario, de buena salud.

—Es igual, porque dentro de dos horas debe morir.

—Si está sano.

—Absuévalo vuestra merced, que yo le digo que no le faltará *de qué*—dijo uno de los enmascarados, mostrando un puñal.

El hombre que estaba atado se estremeció y dirigió una mirada de angustia á Fray Anjelo.

—Yo no puedo absolver á un hombre para que le asesinen!—esclamó resueltamente Fray Anjelo.

—Haga vuesa merced lo que quiera; de todos modos ha de morir ese hombre; con que á la conciencia de vuesa merced queda si se va del mundo como un perro; ya nosotros camplimos con traerle un padre.

—¿Pero qué vais á hacer, desgraciados? mirad que tambien teneis alma que salvar. ....

—Padre, pocos sermones que el tiempo vuela, y no trajimos á vuesa merced para eso, sino para absolver á ese hombre, y se acabó.

—Pero. ....

—Vamos, señor, ó absolver á ese hombre, ó vendarse de nuevo los ojos para que le llevemos por donde ha venido; no hay mas.

—Sea, pues; sálvese siquiera el alma de este infeliz. ....

Fray Anjelo se acercó al hombre que estaba atado en la viga.

—Retiraos—dijo á los otros—para que pueda yo confesar á este desgraciado, pero antes quitadle esa mordaza.

—¿Cómo quitarle la mordaza?

—De otra manera no podré confesarle.

—Padre, esos son muchos requisitos, con absolverle basta.

—Pero ¿cómo se confesará sin hablar?

—Mire vuesa merced como se arregla, porque en eso de quitarle la mordaza no hay ni qué pensar.

Aquel hombre habia hablado con tanta firmeza, que Fray Anjelo comprendió que nada conseguiria.

Entonces pensó absolverlo, como si se tratara de un hombre mudo.

—¿Tiene intencion de confesarse de sus pecados, hijo mio?—dijo Fray Anjelo.

El hombre atado, le miró con angustia, é hizo señal con la cabeza de que sí.

—Entonces—continuó Fray Anjelo—haga intencion de confesar sus pecados ya que no los puede decir.

El hombre cerró por algun tiempo los ojos, y luego los abrió haciendo un movimiento de afirmacion con la cabeza.

—¿Se arrepiente de todo corazon de haber ofendido á su Dios y Señor, que por su infinita bondad le ha dado vida hasta el dia de hoy?

—Sí—dijo el hombre con la cabeza.

—¿Espera en su misericordia que todos sus pecados le serán perdonados?

—Sí—volvió á hacer el desgraciado.

—Haga interiormente y con toda la fuerza de su alma un acto de contricion, y ofrezca á Dios su sacrificio, en remision de sus grandes culpas.

El hombre cerró de nuevo los ojos como para recojerse en su espíritu, y Fray Anjelo comenzó devotamente á murmurar en voz baja la fórmula de la absolucion.

Los dos que le habian conducido le contemplaban sin perder ninguno de sus movimientos: así se pasó como media hora.

—Creo que se han dormido—dijo uno—porque el padre, no *echa* la bendicion.

—Ni creas que la *eche*—contestó el otro—porque he oido decir que en estos casos no se *eche* bendicion, porque era como hacer señal de que ya se podia. ....

—Entonces lo quitaremos.

—Sí, porque ya acabó.

Y los dos se acercaron al padre.

—Vamos—dijo uno tomándole de un brazo y apartándole de allí.

El hombre atado volvió el rostro, miró alejarse á Fray Anjelo y lloró.

—¿Ahora me conducireis hasta el lugar en que me encontrasteis? dijo Fray Anjelo.

—Dentro de un momento, porque no podemos perder el tiempo con ese.

—Es que yo no puedo presenciar un crimen tan horrible.

—Nada presenciará vuesa merced, y sobre todo el hombre no es un inocente: merecía la horca como nadie.

—Pero vosotros no sois la justicia.

—Es verdad, no somos la justicia, pero nos la sabemos hacer por nosotros mismos.

—Reflexionad.

—Ya basta de sermones.

—*El que á hierro mata á hierro muere*: no lo olvideis.

—Porque no lo olvidamos va á morir así ese infame.

En esta conversacion habian llegado al pié de la escalera. Fray Angelo estrañaba que no le vendaran los ojos á pesar de que aquello estaba sumamente oscuro.

—Aquí—dijo uno de aquellos hombres, abriendo una puerta: pase vuesa merced, padrecito, no mas que por un rato.

Fray Angelo comprendia que no habia mas que obedecer, y entró humildemente.

La puerta volvió á cerrarse, y conoció que por fuera la aseguraban.

En los primeros momentos Fray Anjelo se quedó sin moverse; no conocia el lugar en que estaba, y no se atrevia ni á dar un paso; tenia delante de sí el rostro pálido y angustiado del hombre que iba á morir.

El aposento en que estaba correspondia en el piso bajo al que acababa de dejar en el alto y oyó las pisadas de sus conductores que andaban por arriba.

—Quizá ya le habrán muerto—esclamó—pero como el infeliz tenia mordaza, no habrá podido ni quejarse. Dios haya recibido su alma.

Y se puso devotamente á rezar.

De repente un grito agudo y lastimero, un jemido arrancado por un dolor inmenso, se escuchó en el aposento de arriba.

Fray Anjelo se estremecia de horror.

—Bárbaros! bárbaros!—gritó—le habeis matado.

Pero el jemido se repitió una, dos, y varias veces, y entonces ya no tenia nada de voz humana, era una especie de berrido de animal, era la espresion de un espantoso martirio.

—Le están martirizando! le están martirizando!—decia Fray Anjelo, y sin recordar ni dónde estaba, se paseaba agitado por su prision, como buscando una salida.

Los jemidos y las quejas, mezcladas con horribles maldiciones, seguian.

Fray Anjelo se lanzó sobre la puerta, quiso abrirla, pero le fué imposible; volvió buscando entre la oscuridad un palo, una piedra, algo con qué golpear, y entonces notó que en uno de los ángulos del aposento y cerca del piso habia en el muro un agujero.

El tiempo ó algun animal lo habia hecho. Fray Anjelo conoció que podia ensancharlo y salir por allí; en efecto, con poco esfuerzo cedieron algunas piedras, pasó la cabeza y arrastrándose, salió.

Estaba en el campo.

### VIII.

Concluye la materia del anterior.

**L** primer pensamiento de Fray Anjelo fué volver á la casa para dar auxilio al infeliz, á quien asesinaban; pero inmediatamente cambió de parecer.

Aquellos hombres podian encerrarle otra vez, asesinarle quizá y nada conseguiria sino ser él mismo víctima sin valerle al otro en nada.

Importaba pedir auxilio: ¿á quién, si por allí no habia vecinos? Dios le ayudaria.

Con esta idea echó á correr á la ventana, escuchando aún los jemidos que salian de la casa.

Varias veces cayó y volvía á levantarse, y siguió corriendo; afortunadamente á poca distancia ya de él descubrió la sombría masa de algunos edificios: entonces comenzó á pedir socorro con toda la fuerza de sus pulmones.

Una puerta se abrió en una de aquellas casas y á la luz que salia del interior se pudo ver un hombre que se asomaba.

—¡Socorro, cristianos! ¡socorro!—gritó Fray Anjelo.

El hombre salió mas, y preguntó:

—¿Qué sucede?

—Socorro! asesinan á un hombre—dijo allí llegando Fray Anjelo.

—¿Un padre?—esclamó el hombre—¿qué hace su merced á esta hora?

—Despues se lo referiré, hijo mio; pero ahora vamos á salvar á un hombre á quien están matando.

—En dónde?

—En esa casa, en esa casa!—contestó Fray Anjelo, señalando el rumbo que traia.

—¡Ave María Purísima! si esa casa es una cueva de malvados.

—Pues allí mismo.

—Solo, no me atrevo.

—¿Qué haremos entónces?—esclamaba Fray Anjelo, levantando las manos al cielo.

—Dios nos ayuda!—esclamó el hombre de repente: allí va una ronda, voy á llamarla.

En efecto, á lo lejos, por el interior de la ciudad se veian pasar unos farolillos.

—Dios os bendiga, corred!—dijo Fray Anjelo—yo no puedo, no—y se dejó caer en el suelo casi sin poder respirar, miéntras el otro corria en direccion á la ronda.

—Dios mio! Dios mio!—decia el pobre fraile—dále fuerza á ese buen cristiano para que llegue pronto; el tiempo vuela; quizá en estos momentos el crimen esté ya consumado.

La ronda parecia alejarse, y Fray Anjelo contemplaba con angustia la vacilante luz de los farolillos, que á cada momento se hacia mas y mas pequeña.

—Dios mio!—esclamaba—Dios mio, no nos abandones!  
no nos abandones!

.....

.....

Los dos enmascarados dejaron asegurado á Fray Anjelo y tornaron á subir.

El hombre atado volvió el rostro: entonces fué el terror lo que se pintó en él.

—Vamos, *ropa limpia*—dijo uno quitándose la careta. Era el Camaleon.

—Conformes—contestó el otro imitándole, y era el Pinacate.

Ya sin caretas se llegaron ambos al hombre atado y le quitaron la mordaza.

—Señor D. Guillen de Pereyra—dijo el Camaleon con una sonrisa burlesca.

—Muy señor nuestro—agregó el Pinacate, haciendo una horrible mueca.

—Habeis caido en nuestro poder, y ya no sois nuestro *Señorito* como os decíamos, sino que ahora vais á pagar aquí todas juntas.

El Señorito no se dignó ni contestar.

—Callad, callad—dijo el Camaleon—ahora hablareis, en primer lugar perdonad la burla: os hicimos llamar con un recado falso de D. Lope de Montemayor, porque si hubiera sido al nuestro no hubiérais venido: ardid de la guerra.

—Y vos—agregó el Pinacate—veniais confiado en que nosotros nada teniamos contra vos, porque somos como los burros, *ni agradecen beneficio ni sienten agravio*: ¿es verdad?

—Bien—dijo con voz ronca el Señorito—qué quereis de mí? matadme de una vez, antes que sufrir vuestras odiosas chanzonetas.

—Con calma, con calma, no se impaciente vuesaencia, señor conde: vamos al caso. Antes que todo decidnos, ¿en dónde está la dama que sacamos de la calle del Reloj?

—¿Y quiénes sois vosotros para preguntármelo? ¿qué os importa.

—Algo nos importa cuando hacemos esa pregunta: contestad

—Nada tengo que deciros, miserables; matadme.

—Os conviene confesar.....

—Matadme, que no quiero oiros.

—¿No direis nada?

—No.

—¿No?

—No y mil veces no.

—Pues á vuestra cuenta—dijo el Camaleon levantándose.

El Señorito quiso ver lo que el Camaleon iba á hacer; pero estaba atado de tal manera, que no le fué posible.

El Camaleon puso en la hoguera una especie de tarro grande lleno de brea, de cera y de aceite.

—Nos permitireis que os desnudemos—dijo volviendo á donde estaba el Señorito.

—¿Y para qué?—preguntó éste con espanto.

—Eso ya lo vereis. Pinacate, ayúdame á desnudar á su Escelencia.

Y el Pinacate y su compañero, con una habilidad increíble desnudaron en poco tiempo al Señorito sin desatarle, rompiendo con sus puñales algunas piezas de la ropa.

D. Guillen quedó enteramente desnudo.

—Con que no quereis declarar?—volvió á preguntar el Pinacate entretanto el Camaleon apartaba de la hoguera el trasto que se habia calentado.

—No preguntéis mas, matadme—dijo el Señorito.

—Pues comienzo—dijo detrás de él el Camaleon, vertiendo sobre el desnudo cuello del Señorito parte del hirviente contenido en la vasija.

D. Guillen lanzó un grito espantoso al sentir aquella horrible quemada: el líquido corrió por su cuerpo abrasando su pecho y sus espaldas.

—Confesareis ahora?—dijo Camaleon.

—No, malvados, infames!—gritó el Señorito.

—Adelante—dijo el Pinacate.

Y el Camaleon fué derramando hasta el fin el líquido hirviente sobre el desnudo cuerpo del Señorito; pero con una calma espantosa y sin preocuparse de los gritos ni de las convulsiones del miserable.

—Agotóse—dijo el Camaleon—ahora qué decís, D. Guillen?

Pero D. Guillen no podia ya ni contestar, y gritaba como un desesperado. Sobre su cuerpo, en varias partes, se habia formado una especie de corteza, por el enfriamiento del pez y la cera.

El Camaleon sacó su daga y con mucha calma, como si se tratara solo de quitar la corteza de un árbol, comenzó á arrancar aquella costra del cuerpo del Señorito: la piel y algunas veces la carne le arrancaban tambien, y comenzaba ya á correr la sangre.

En estas operaciones habia trascurrido como una hora.

—¿Confesais algo?—dijo el Camaleon.

El Señorito no hacia ya mas que llorar y jemir.

—Es inútil todo—dijo el Pinacate—acabemos con él.

—Pero que sienta lo que recibe: vamos á cortarle en dos mitades por la cintura, con una espada caliente.

—Mejor el *pecuezo*, porque así lo podremos enterrar mejor y no ensuciará nuestro aposento.

—Dices bien, y lo enterraremos allá abajo.

—Con el fraile.

—Por supuesto, el fraile no debe salir vivo: nos denunciaria porque ha oido los gritos del Señorito.

—Pues á la obra.

—Calienta la hoja de una espada vieja.

El Pinacate se dirigió á un ángulo del aposento, trajo de allí una gran espada completamente oxidada y la puso al fuego.

A pesar de sus atroces dolores, el Señorito veia con pavor aquellos preparativos.

Pasaron diez ó doce minutos.

—Ya está—dijo el Pinacate.

—Pues tómalala con un trapo para no quemarte y traela; yo le alzaré la cabeza y tú le pasas la hoja por la garganta, pero poco á poco.

El Camaleon tomó de los cabellos al Señorito y le alzó la cabeza para que su cuello quedara enteramente descubierto; el Señorito rezaba.

El Pinacate se acercó con la espada: estaba completamente roja.

En este momento se oyó ruido en la escalera, y casi instantáneamente se llenó de alguaciles la estancia.